

porta, sin experimentar soplos cardiacos. Lo narrado es, quizás, más importante aquí que la experiencia autoral, de la que tanto han abusado últimamente ciertos escritores que escriben sobre su pesadosa y agonizante vida de escritores. Ya lo dijo Bolaño: la única autobiografía interesante es la de autores con erecciones de 30 centímetros. Por otro lado, quizá la repetitividad del final pretendidamente climático de varios de los cuentos de *Cosmos nocturno* pueda causar cierta predeterminación a la expectativa efectivista. A veces, después de despachar media decena de cuentos, el lector parece predestinado a dejarse embrujar por un final inesperado o apoteósico. Sin embargo, no es injusto argumentar que, acaso, la extensión breve precisa de estas argucias pirotécnicas; un requerimiento para quedar registrado en la mente de un lector sitiado por el maremágnum de información de la liquidez tecnológica.

Por otro lado, la metamorfosis parece ser uno de los motivos recurrentes en *Cosmos nocturno*. Uno de los cuentos habla de una reunión de alta sociedad en la que los comensales se transforman, a través del poder de la poesía, en insectos alados. Otros ejemplos de transformación los encontramos en una serie de gusanos que se convierten en mariposas, o en hombres arácnidos que cargan con cruces, o en polillas y dirigibles con alas, o en narradores que se convierten en rosas. Otro aspecto descollante de *Cosmos nocturno* es la aparente incomunicación entre las voces que recorren los cuentos; no en pocos textos se habla de lenguajes incomprensibles, idiomas que los protagonistas no logran descifrar, lenguas alienígenas: una pincelada evoca un poco los “Crímenes de la Calle Morgue”, de ese otro maestro tutelar del género que fue el preclaro Edgar Allan Poe.

Cabe preguntarse si una prosa depurada que habla de jinetes, noctámbulos, zánganos, ritos, que evoca a Samarcanda, que hace referencia a psicópatas, que habla de condes enfermos, es suficiente para cimentar los pilares del edificio de un nuevo aunque modesto mito, máxime si en estos nuestros tiempos nos hallamos bombardeados por el escepticismo ramplón. Los referentes de la actualidad son, aparentemente, inamovibles. Al crear el universo del dios extraterrestre Cthulhu, H. P. Lovecraft echó mano de un barroquismo robusto que abrevó de la parte más umbría de la psique humana: una producción cargada de anhelos y pesadillas en los que habitaban los demonios del Yo. La de Lima Molina, ya se dijo, es otro tipo de prosa, más prístina y evanescente, una prosa sagaz que discurre en la selva de los temas tétricos. El estilo, así como la inteligencia, tiene una cara evidentemente persuasiva. Todo adepto requiere de ser persuadido con la carnada de lo anormal. Los de *Cosmos nocturno* son cuentos concebidos para ser contados alrededor de una fogata de números binarios en donde las lenguas del fuego son veloces y se extinguen con la misma rapidez.

Un último acierto de Lima Molina, y acaso sea este el que mejor se aprecia en *Cosmos nocturno*, es el arrojado del autor por verter luz en las zonas abisales, en los entresijos de la naturaleza humana; iluminar el sótano herrumbroso de un cuento de hadas oscuro que es, acaso, el sótano de la imaginación de todos nosotros. **LPyH**

Jorge Morteo (Veracruz, Ver.) fue becario del PECDA Veracruz en dos emisiones. Ha publicado en medios impresos y electrónicos como *Luvina*, *Revista Crítica* y *Cuadrivio*.

Whitman, novelista visionario

Narrativa

Víctor Hugo Vásquez
Rentería



Walt Whitman, *Vida y aventuras de Jack Engle*, pról. de Zachary Turpin, trad. de Arsinoé Orihuela Alvarado y Arsinoé Orihuela Ochoa, Xalapa, Aquelarre, 2018, 160 pp.

Descubierta en 2017 por Zachary Turpin, estudiante de doctorado de la Universidad de Houston, *Vida y aventuras de Jack Engle*, segunda novela de Walt Whitman, se publica por primera vez en castellano ese mismo año en España. Meses después, ya en 2018, Aquelarre Ediciones, empresa independiente afincada en Xalapa, da a conocer su espléndida edición para América Latina.

La novela en inglés, firmada con seudónimo, aparece en seis entregas entre el 14 de marzo y el 18 de abril de 1852 en el *New York Sunday Dispatch*, la competencia en aquel entonces del sempiterno *New York Times*. *Vida y aventuras de Jack Engle* se inserta en el subgénero del folletín o novela por entregas, que se había iniciado prácticamente con el siglo en periódicos parisi-

nos. Contada en primera persona del singular por su narrador protagonista, la novela es un *coming of age* que refiere la historia –desde la perspectiva del adulto– de los años de infancia y adolescencia: huérfano, pobre, en las calles de Nueva York; hasta que ocurre, todavía en la infancia, un providencial encuentro con Efraín y Violeta, un matrimonio de gentiles cuáqueros.

Dado el año en que originalmente se publica, así como lo insigne y, sobre todo, fundacional que se vuelve la posterior producción de su creador, pareciera casi obligado que a *Vida...* pronto se le asocie con *Hojas de hierba* (1855), ese dilatado poemario, especie de libro de libros, que le dará fama y fortuna al “hombre solo en el mar, viejo hermoso”, que para García Lorca es aquel poeta de Nueva York.

Conviene entonces –para justipreciar el volumen– ampliar primero el espectro –la herencia inglesa decimonónica–, a fin de contemplar la literatura picaresca de la España de mediados del siglo XVI; después, acudir al folletín francés del primer tercio del XIX, para conectar en ese mismo siglo con la emergente tradición norteamericana hasta, finalmente, llegar a cierto realismo naturalista en los *roaring 20's*.

Si bien al *Oliver Twist* (1838) de Charles Dickens se le atribuye ser la primera novela en lengua inglesa que tiene como protagonista a un niño que vive en la calle enfrentándose a una serie de condiciones adversas, ya el *Lazarillo de Tormes*, de autoría anónima, había inaugurado en 1554 ese género en el cual su protagonista cuenta vida y aventuras de los más vulnerables años. Comparte el libro de Whitman con el ilustre antecedente ibérico el recurso de la falsa autobiografía (el título original en inglés es *Life and Adventures of Jack Engle: An Autobiography; in Which the Reader Will Find Some Fami-*



liar Characters); el determinismo social que más adelante afilarán Dreiser, Crane o London; el enjuiciamiento a esos “*familiar characters*” del título; el tono realista que privilegia –por momentos– lo escabroso de la vida de estos y de su entorno, así como la intención de moralizar mediante la exhibición de los vicios y el castigo a quienes los practican, sin que esto último impida al volumen cimentar sus mejores cualidades en el humor.

Esta segunda novela de Whitman también puede ser abordada a partir del tipo de personajes que parece privilegiar la tradición literaria norteamericana del XIX, a saber el solitario –casi ermitaño– y, claro, el pícaro. En el primer caso podríamos enlistar a Wakefield, Hester Prynne, el Thoreau de *Walden*, *Bartleby* y *Ahab*; en el segundo, a *Rip Van Winkle*, *Ichabod Crane*, *Tom Sawyer*, *Daisy Miller* y *Huckleberry Finn*. Se escapa Jack Engle, como casi todos los personajes de su estirpe en la narrativa estadounidense, de la miseria y el fatalismo, del envilecimiento y la corrupción, si bien, con la mejor de las intenciones sus padres

adoptivos quieren que él siga la noble profesión de abogado, de la cual abomina Engle.

A este respecto cabe recordar que el despacho, a cargo del Sr. Covert, en el cual se educará el protagonista, está en Wall Street. Y que entre otros trabajadores cuenta con un escribiente que reniega de su trabajo tanto como de su patrón. En este sentido, Jack Engle no solo es estricto contemporáneo del *Bartleby*, de Herman Melville, sino que lo anticipa, pues la también novela corta del autor de *Moby Dick* se publica –claro, por entregas– en 1853.

Distingue también a *Vida y aventuras de Jack Engle* la confrontación bien versus mal, no solo entre buenos y malos, sino en la propia conciencia de estos y aquellos, la cual lleva a Jack a no tan dilatados como hondos monólogos interiores en los cuales lo mismo reflexiona acerca de la sobrevivencia, la conversión o la fe. Estos asuntos se enmarcan en el trascendentalismo de la época, esa combinación de filosofía, religión y literatura que, encabezada por Ralph Waldo Emerson, ponderaba

entre otras cosas la bondad innata del ser humano. Igualmente, propugnaba el apego a las leyes naturales como fórmula para el buen vivir, al tiempo que no dejaba de ser crítico ni con la facción más reaccionaria de la Iglesia ni con un gobierno que avalaba la esclavitud y encarcelaba al justo.

Mencionaba la sobrevivencia; este no es un asunto menor en la novela de Whitman. Tampoco la ciudad en que ocurre: el Nueva York de mediados del XIX, en pleno despunte de la Revolución industrial. La confrontación progreso *versus* ser humano será a muerte. El viejo Wigglesworth y los jóvenes y desbalagados Nathaniel –rijoso–, Billjiggs –aventurero–, junto con Jack Engle –pícaro– se opondrán tanto a este avance como a las indignas estrategias para ascender en la escala social de las que se valen los duros u oportunistas, encarnados por el abogado Covert. Confrontación de la que saldrá, poco después, harto mal librado Bartleby, precisamente en Wall Street.

Vida y aventuras de Jack Engle anticipa también la encarnizada confrontación que vivirán los personajes de *La edad de la inocencia* (1920), de Edith Wharton, y *Manhattan Transfer* (1925), de John Dos Passos, tratando de no sucumbir al capitalismo y a su hija predilecta, la sociedad industrial. El libro de Whitman, en ese sentido, sí es visionario, un adelantado hijo de su tiempo. Sumémonos a este descubrimiento leyendo *Vida y aventuras de Jack Engle*, al tiempo que celebramos el descollante debut de Aquelarre Ediciones con este su primer libro. **LPyH**

Víctor Hugo Vásquez Rentería es narrador, ensayista, gestor cultural y profesor universitario. Este 2020 aparecerá su libro *No es por intrigar... Veledades críticas sobre literatura mexicana*.

Historia de un mundo risible

Narrativa

Brehnis Xochihua



Georges Minois, *Historia de la risa y de la burla*. Del Renacimiento a nuestros días, trad. de Jorge Brash, México/Xalapa, uv/Ficticia, 2018, 464 pp.

La Universidad Veracruzana, en coedición con Ficticia Editorial, publicó el segundo volumen del texto ensayístico del historiador francés Georges Minois, *Historia de la risa y de la burla*, en la colección Al vuelo de la risa. Con traducción de Jorge Brash, el lector comprende fácilmente el texto (por lo que no es necesario leer el primer volumen para entender esta parte de la obra).¹ Martha Elena Munguía y Claudia Gidi, coordinadoras de la colección, advierten que:

El lector podrá ver en el discurrir de estas páginas cómo se mantiene la risa como una manifestación esencial en la vida de los seres humanos, en su relación con los demás, pero también irá constatando cómo se han modificado el papel de esta en la vida social, los rasgos que se le atribuyen, el empleo

que se le da y sobre todo, cómo se va transformando la mirada interpretativa por parte de filósofos, religiosos, moralistas y estudiosos del fenómeno.

Georges Minois arroja luz sobre las condiciones que favorecen el efecto de la risa, la burla, el humor y lo grotesco en diferentes épocas a partir del Renacimiento hasta nuestros días. Gran parte de su investigación se desarrolla en el continente europeo, pero también abarca otros países, como México, al que califica como: "...la tierra de elección del humor negro" debido a sus festejos fúnebres. Una historia de la risa y la burla no podría estar exenta de humor en su contenido, y a lo largo de los ocho capítulos de esta obra los lectores podrán soltar una buena carcajada. Esta característica hace muy placentera la lectura.

La obra puede dividirse en cuatro partes de acuerdo con los tiempos históricos que abarca (Renacimiento, Ilustración, modernidad y época contemporánea). En los primeros dos capítulos aborda los siglos XVI y XVII, edad del humanismo, de los grandes descubrimientos y la reforma protestante, cuando la risa poseía un poder revolucionario. Los propios valores culturales de la Edad Media fueron algunos de los instrumentos que utilizaron los humanistas para modificar la cultura de la sociedad del siglo XVI. En esta centuria el humanista francés François Rabelais se ríe de lo absurdo de su época: estalla la risa moderna, que ya no es solo cómica, sino absurda. Sin embargo, las autoridades eclesiásticas veían la risa como un elemento diabólico, como un defecto del hombre. El argumento bíblico respecto a esta cuestión era que Cristo jamás sonrió y que los soldados del martirio se burlaron de él. Pese a lo anterior, el pueblo era muy afecto a las festividades carnavalescas –caracterizadas por un libertinaje grotesco y desenfre-